

de la nobleza y el clero cifra en un 62 por 100 (pág. 116); el análisis de C. Labrador, sobre los maestros de primeras letras en diez pueblos de la Alcarria, según el Catastro de Ensenada, y el de C. García Montoro, sobre la creación de la Sociedad Económica de Vélez-Málaga, fruto de la iniciativa del militar Gómez de Liaño, la cual, como ocurre en muchas otras sociedades del país, no encuentra eco entre las filas de la burguesía mercantil malagueña (págs. 183-192). La «Rapsodia económica», del Marqués de Santa Cruz (1732), es el objeto de estudio de A. Games de Fuentes, quien sostiene que su autor, coetáneo de Ustáriz, puede ser considerado más posmercantilista y preliberal que éste, ya que aboga, frente a la existencia de ciertos monopolios que Ustáriz defendía, por la plena libertad de comercio e industria, proponiendo una política que tienda a lograr el pleno empleo de los que son aptos para trabajar, eliminando de este modo el ejercicio tradicional de la limosna que, como los ilustrados de su tiempo, critica. Finalmente, la política anticolegialista de Carlos III es analizada por I. Olaechea, que muestra cómo lo que estaba en juego no era, evidentemente, un asunto sólo religioso o ideológico, sino que se trataba de una rivalidad políticosocial, «aunque disfrazada (como casi siempre en España) con ropajes de “capilla” y con fórmulas de escuela teológica» (pág. 237).

Entre los trabajos centrados en la historia religiosa se encuentra el de J. Saugnieux, sobre la predicación en el siglo XVIII, síntesis, en gran medida, de las conclusiones de su libro «Les jansenistes et le renouveau de la predication dans l'Espagne de la seconde moitié du XVIII siècle». M. Batllori hace, seguidamente, una importante revisión bibliográfica de la historia religiosa de estos últimos años, advirtiendo el contraste entre la relativamente buena información que se tiene sobre las capas altas de la Iglesia, frente al escaso conocimiento de los sectores del bajo clero y del pueblo cristiano, así como de la situación económica de la Iglesia (293-299). La espiritualidad de los ilustrados es analizada por A. Mestre, que muestra la crisis de la religiosidad barroca y la progresiva influencia de Erasmo y de los humanistas y teólogos españoles del siglo XVI entre los ilustrados, muchos de los cuales serían acusados de jansenistas cuando, según el autor, «eran, en el fondo, más fieles a la tradición hispánica de cuanto ha venido diciéndose» (pág. 407). Finalmente, Ferrer Benimelli estudia a Feijoo y su relación con la masonería (349-362). J. Castañón analiza la oratoria sagrada en el Diario de los Literatos (313-331), en tanto que L. Dommergue muestra la influencia de Feijoo, apenas citado entre los escritores de finales de siglo, en las lecturas y la obra de Blanco White (págs. 333-348).

En el apartado dedicado al desarrollo científico se incluyen tres estudios: el de Paula de Demerson, que expone el problema de las boticas en Madrid y las recomendaciones hechas al respecto por la Academia de Medicina, en las que se tiende a devolver a la profesión la dignidad que había ido perdiendo frente a los fraudes y la competencia de drogueros, vendedores ambulantes, herboristerías y curanderos (págs. 411-422). El impacto del terremoto de Lisboa, cuyos efectos en el ámbito científico abren una «nueva etapa en el desarrollo de las ideas geológicas sobre los fenómenos sísmicos» (pág. 434), es analizado por J. Ordaz. Finalmente, A. Hermosilla hace un breve resumen en el que se recogen una serie de ideas generales sobre la medicina en el siglo XVIII.

En el bloque de Arte y Cultura se insertan los ocho estudios restantes, entre los que cabe señalar el de R. Frolidi, el cual se plantea una reflexión sobre los criterios de clasificación y periodización de la época, defendiendo la «necesidad de adoptar para la literatura española de la segunda mitad del siglo XVIII la definición de “literatura ilustrada”, en lugar de la equívoca y desviadora “literatura prerromántica”», ya que este último término ha de dejarse únicamente para los «elementos de gusto, temáticos y formales, que saliendo del ámbito cultural del momento y sin una nueva, unitaria, conciencia ideológica, nos sugieran espontáneamente la alusión a unos elementos que premeditadamente identificamos como del Romanticismo» (págs. 480-481).

En otro orden, J. García Lasasa estudia la oposición de la Universidad de Zaragoza al establecimiento de nuevas cátedras por parte de la Sociedad Económica de la citada ciudad, volviendo sobre el tema de Normante y ampliándolo en gran parte (págs. 495-518). Otros estudios aquí incluidos son los de E. García de León, E. Palacios Fernández, y M. R. Prieto que, respectivamente, analizan los prólogos de las traducciones de novelas en el siglo XVIII, la visión que en el citado siglo se tenía de los poetas españoles del Siglo de Oro, y, finalmente, una aproximación a la polémica que la reposición del auto sacramental de Calderón, «La prestación de la fe» originó en su tiempo. La relación entre Mengs y la Academia de San Fernando es estudiada por M. Agueda Villar, mientras que G. Ramallo Asensio hace un análisis sobre las casas urbanas de la familia Camposagrado, con un seguimiento de las mismas hasta la época actual. J. L. Santaló presenta, finalmente, un estudio sobre la comisión del general Solano en Francia y el ejército del Rhin (1795-1796), con el que se acaba este tomo de comunicaciones en el que, junto a las indudables ventajas que presenta la reunión de tan diversos estudios, adolece, a nuestro juicio, del inconveniente de una inevitable dispersión temática —característica bastante común en todas las misceláneas—, al que en este caso hay que añadir el representado en algunos momentos por la diferencia entre la fecha de redacción de las ponencias y la de su publicación. De cualquier manera, creemos que una reunión de estudios como éste ayuda a un mejor conocimiento de un siglo tan importante en nuestra historia como el XVIII, así como a una mejor información de las múltiples posibilidades de investigación histórica en dicho marco cronológico.—CARMEN LÓPEZ ALONSO. *Plaza San Anacleto*, 2, 1.º B. *ARAVACA*, 28023 Madrid.

Góngora en Rumanía ¹

Una empresa de la envergadura que alcanza la traducción de una obra poética como la de Góngora, a un idioma cuya experiencia poética —grande e indiscutible— ha transcurrido por derroteros líricos absolutamente distintos, como el rumano de

¹ *Luis de Góngora y Argote, Polifem si Galatea* (Introducción y traducción al rumano por DARIE NOVACEANU, Editora Univers, Bucarest, 1982. Pág. 751).

Eminescu, Blaga, Bacovia y Barbu, incita a una reflexión que por lo menos ha de cifrarse en una pregunta preliminar. ¿Qué ocurre con la poesía en una situación como ésta? ¿Es posible que la naturaleza de base de la poesía misma, perteneciente a la acción esencial de un «traslator», se preste a una «traslación» segunda sin perder aquella característica —que con instinto seguro Baudelaire atribuía a la estructura gramatical de la poesía: un terreno donde la árida gramática deviene algo así como «une sorcellerie évocatoire»? En estas exactas palabras de Baudelaire referentes a la intimidad de la materia poética: «Manier savamment une langue, c'est pratiquer une espèce de sorcellerie évocatoire.»

Tarea de suma dificultad ésta en el caso de la traducción importante de Góngora al rumano, que Darie Novaceanu ha realizado, digámoslo desde el principio, con decisión, con ahínco, en una elaboración que ha ocupado algunos años de sus actividades de hispanista rumano, cuyos varios logros en su haber son notables. El resultado ha sido un estudio general de la obra de Góngora y una versión de «Polifemo y Galatea», publicadas en una edición de lujo en su país, que ha merecido uno de los premios hispánicos de traducción en 1983. Si la traducción de algunas obras poéticas de peso en la literatura universal plantea problemas de difícil solución, en el caso de Góngora las dificultades se multiplican. Esta vez, el traductor rumano ha querido asumir los empeños de Teseo en busca, primero del Laberinto verbal de Góngora, luego del hilo de una Ariadna secreta, combinación única de luminosidad y oscuridades de la palabra. Consciente, el traductor, con todo, de que el universo laberíntico pertenecía esta vez al mito de Ulises, peregrino eterno, cuya mediación poética es constante, desde Homero hasta Joyce. Varios aciertos de planteamiento han acompañado a Novaceanu en la bella empresa. En primer lugar, la idea, puesta en práctica, de que los elementos hermenéuticos son imprescindibles en un caso como el de Góngora. Con este fin ha ofrecido al lector rumano no sólo una «ubicación» espacio-temporal del poeta cordobés, hecha con esfuerzo y rigor, sino una explicitación poética que sirva de compañía constante a la traslación misma. El segundo acierto estriba en el hecho de combinar en lo posible, a lo largo de su versión, el principio de la traducción literal, con la transposición cargada de sentido propio de la lengua en que ha traducido, no ajena en sus experiencias modernas a bellas aventuras abstrusas, que en pleno auge de los vanguardismos, convierten a Ion Barbu, poeta de grandes decantaciones en el «Juego Segundo», en un verdadero clásico del idioma rumano en su gran interludio poético de múltiples vuelos.

Hay un momento en el cual, en su exégesis, Novaceanu se refiere a una traducción de Ungaretti de un fragmento de «Polifemo» y pone de manifiesto, en su referencia al original de Góngora y a la propia versión rumana, la oportunidad y la facilidad —a veces— de abordar un texto «difícil» con los instrumentos de la literalidad. Pero este es el caso de Góngora sólo en limitadas ocasiones. Lo importante es descubrir cuáles. Hay algo en Góngora que no ha sido suficientemente puesto de manifiesto, aunque parece vislumbrarse en la crítica de Novaceanu, en su extenso, elaborado, amplio estudio introductivo. La carga de experiencia latina, clásica en suma, en la poética de Góngora. Antes, mucho antes de que Pound y Valéry orientaran sus preferencias hacia los poetas latinos, la cultura poética europea supo apreciarlos e imitarlos. Lo de